Relaciones iglesia estado en el Chile del siglo XIX

Resumen

Las cosmovisiones de las relaciones de los seres humanos en comunidad son parte de las problemáticas permanente de los estudios de las escuelas humanista. En donde se tratan de responder desde las cuestiones fundamentales a las mas cotidianas, que en su definición también pueden ser esenciales. Así, el presente estudio se hace cargo de una de estas situaciones como lo es las relaciones Iglesia Estado y lo sitúa en el cono sur en un país llamado Chile, específicamente en el siglo XIX, bajo una mirada histórico-metodológica que el autor ha denominado "Historia Cognitiva".

Palabras claves: Igreja, Chile, Historia Cognitiva, Seculo XIX, Igreja-Estado

Abstract

Summary The worldviews of the relationships of human beings in community are part of the permanent problems of the studies of humanistic schools. Where they try to answer from the fundamental issues to the most everyday, which in their definition can also be essential. Thus, the present study takes charge of one of these situations as it is the relations Church State and places it in the southern cone in a country called Chile, specifically in the nineteenth century, under a historical-methodological view that the author has named "Cognitive History".

Keywords: Church, Chile, History Cognitive, Century XIX, Church-State

Introducción

El acercamiento al estudio de las relaciones Iglesia Estado nos llevan a la lógica definición de estas dos instituciones como entes participativos de realidades conjugadas en visiones distintas, pero iguales en su devenir cotidianos, por una parte, la iglesia marcada por el sentido de la creencia de un Cristo vivo y participante en la historia del hombre y por otra al Estado como agente regulador y coordinador de la vida en comunidad del ser humano. La una y la otra han sido piezas fundamentales en el quehacer de la vida e los pueblos americanos.

**Marcial
Sánchez Gaete**

Doutor en Historia, Pontificia Universidad Católica de Valparaíso; Magister en Historia, Universidad de Chile; Profesor de Historia y Geografía Universidad Católica Raúl Silva Henríquez; Miembro del Consejo Superior de la Universidad de O'Higgins (Estatal); Investigador del Centro de Estudios Bicentenario; Miembro permanente de la Sociedad de Historia de la Iglesia en Chile;

Email: mesag2@gmail.com

Ahora bien, para abordar la temática hemos considerado necesario asumir una forma histórico-metodológica de estudio que he denominado "Historia Cognitiva".

Para entender de esta forma la historia, nos parece primordial que se debe partir por lo racional, lo externo, como elemento base de aplicación que conducirá a una construcción histórica de cada uno de los componentes involucrados en las relaciones a estudiar, seguido por lo trascendente que no es más que lo que permanece siempre sin necesidad de códigos marginales de tiempo. De esta forma, no es necesario separar los componentes como un rompecabezas, al revés, debemos armarlo sabiendo que cada pieza es parte de un todo unido, es decir, lo que "perece" y lo que "trasciende" son en sí un solo cuerpo de estudio.

Entenderemos por historia cognitiva al estudio del pasado que se hace cargo del cúmulo de conocimientos adquiridos por el ser humano como un ser íntegro, dotado de intereses que nacen de la facultad de procesar información, a través de la experiencia de los elementos vividos y percibidos, desde el razonamiento, atención, memoria, sentimientos y todo aquello que de alguna forma ha sido parte de la existencia. Es el estudio del pasado desde lo que trasciende y lo que perece, desde los códigos del entendimiento racional y también los elementos que se escapan a este. Es la búsqueda en el pasado del hombre de cosmovisiones que nacen del conjunto de intereses culturales que adquieren vida bajo los símbolos éticos, de organización social, de narrativas de aprendizajes y componentes morales. Es la mirada de tiempos contruidos desde la dinámica de relaciones complejas en donde los hombres han cimentado su futuro en creencias de un Dios existente, como también en parámetros de búsquedas existenciales, objetivas y de la suspensión de lo Supremo.

De esta forma se hace la invitación a que desde nuestras investigaciones nos hagamos cargo de esta historia cognitiva porque asume al hombre y sus relaciones humanas como un todo, por una parte, colocando la creencia que nace desde la integridad íntima del ser,

como un factor que ayuda al entendimiento de la época y de sus vivencias cotidianas, que se manifiestan en la búsqueda de la vida eterna, como también, del mejor tránsito al estado de la salvación del alma. Y por otro, la conducta humana con su racionalidad, ante todo, buscando el poder terrenal en los elementos externos como son los aspectos sociales, económicos y políticos.

Se debe entender como premisa que el acercamiento de la problemática que los intereses particulares e institucionales de la Iglesia y el Estado en América y especialmente en Chile, han tenido de por sí, un diálogo de relaciones de poder que denotan el resguardo de los límites establecidos buscando una convivencia, la cual en varios pasajes de la historia nacional no han tenido visos de armonía, sino más bien de posturas divergentes ante problemáticas comunes, lo que nos lleva a plantear:

1. Durante el período hispano en América, los cambios a nivel de la visión de las colonias por parte de España provocarán variaciones en la propia dinámica institucional del cono sur, la que no sólo repercutió en aspectos económicos sino también en las relaciones sociales. Por su parte la Iglesia como ente social, también sufrirá modificaciones en cuanto a su propio devenir.
2. Con la llegada de la emancipación, las organizaciones de las nuevas formas de gobierno requirieron de instrumentos legales que ayudaron a su estabilización, generándose las primeras normativas constitucionales, las que dejaron entrever visos coloniales como el regio patronato. Por otra parte, las demandas de la ciudadanía por recursos materiales básicos como la alimentación, el vestuario, la vivienda y más adelante la educación, llevó a tomar decisiones concernientes a la economía en su conjunto, no dejando ninguna institución al margen, incluso a la Iglesia Católica.

3. Ya entrado el siglo XIX comenzó en Europa el gran proceso de cambios, situación que repercutirá en América del Sur en donde se asumirán las posturas del viejo continente, generando divergencias en las tomas de decisiones en cada uno de sus estados. La iglesia por su parte se hará cargo en buena parte de estos países de los mas necesitados y responderá a los mandatos estatales, en una relación caracterizada por la presión de uno con el otro, como se vera en el caso chileno.

De esta forma, las relaciones Estado Iglesia en Chile se han visto mediatizadas por los intereses corporativos de cada uno de sus miembros y, por ende, el estudio de esta temática también ha sufrido una falta de idoneidad, trastocando en varias oportunidades la realidad o parcelándola en la búsqueda de errores o virtudes de algunas de las partes involucradas. Esta situación se visualiza con total claridad en los análisis que emergen en el siglo XIX y principios del XX donde el influjo liberal, que se había apoderado del país, comenzó a desconocer las obras y personajes ejemplares que provenían directamente de la Iglesia, en un afán, tal vez, de eliminar o borrar de la memoria colectiva todo lo anterior y partir desde cero. Ante este escenario, por una parte, “los católicos se sintieron empujados contra la pared, y reaccionaron saliendo a la palestra como actores políticos detrás del Partido Conservador” (Fermendois, 2015, p. 104) y, además, concibieron en la necesidad de rescatar su visión de la historia, siendo este último punto de real importancia, debido a que la lucha teológica más que una discusión visceral toma ribetes intelectuales en todo el ámbito del acontecer cultural.

En el ámbito historiográfico, las posturas no se hicieron esperar, por una parte, el mundo liberal, buscaba bajo su pluma desmerecer o desconocer lo desarrollado por la Iglesia colocándola como una institución indolente y solo preocupada de sus intereses particulares, y por otra parte, los historiadores católicos colocaban a una Iglesia casi sostenedora por si sola del ideario nacional.

Ante este escenario se hace necesario dar cuenta de la temática bajo otra mirada, la que se propone en el presente estudio.

El siglo XIX, Relaciones Iglesia Estado en Chile

El siglo XIX fue una relación permanente de cambio, de reformulación ideológicas y programáticas donde los movimientos intelectuales que habían comenzado en Europa llevarán al gran proceso de los llamados “ismos”, el liberalismo que aparecería en la Francia en la década del 20’, el socialismo en Francia y Gran Bretaña en la época del 30’, el conservadurismo fundamentalmente en Gran Bretaña durante la misma década, el comunismo, en los mismos países en los 40’, instalándose de esta forma la razón como eje fundamental de la búsqueda de la respuesta ante todo tipo de cuestionamientos.

Fueron cien años donde la población mundial creció más del doble, donde los inventos llevarán al hombre a cruzar los cielos y a comenzar a comunicarse a larga distancia, la imprenta se mecanizó llevando los costos de las publicaciones periódicas al acceso de la población, con lo cual la información dejó de ser el privilegio de algunos. Comienza a masificarse la ayuda médica y la salubridad pasa a ser un tema de importancia. Todos estos y otros hechos van configurando un mundo cuestionador de lo establecido, con ganas de refundarse en la razón y colocar a lo religioso en lo privado, queriendo de esta forma sacarlo de la escena de lo público.

Es una época de cambios donde la sociedad occidental del XIX y comienzos del XX, se vio enfrentada a realidades de pensamiento que llevarán al mundo a una de las catástrofes más despiadadas de su historia, la llamada Primera Gran Guerra Mundial, en donde murieron cerca de veinte millones de seres humanos.

La relación Iglesia-Estado será un hito de complejidad en la formación de una nueva visión de mundo, no obstante, en Chile esta gran complicación del periodo se pueden distinguir

dos situaciones claramente diseñadas por hechos objetivos: la confrontación institucional entre la Iglesia y el Estado laico, “luchas teológicas” en el siglo XIX; y la “Cuestión Social” que hizo crisis a comienzos del XX. La primera de ellas tuvo un carácter religioso y espiritual, atacaba en sus raíces la tradición cultural cristiana sustentada secularmente por la Iglesia Católica; Y la segunda, que remeció los cimientos de la sociedad en lo político, social y económico, por la inhumana realidad que se vivió en todos los ámbitos de la existencia privada y pública de la nación.

Los orígenes remotos del laicismo pueden apreciarse en los siglos XVII y XVIII con el desarrollo del racionalismo y de la “Ilustración”. En el siglo XIX, se impulsaron numerosas corrientes de pensamiento que confluyeron, finalmente, en la postura laicista. Entre ellas, el positivismo tuvo especial relevancia. Animado por la idea del progreso científico y tecnológico, basados en la experiencia empírica, esta corriente conducía a una pérdida de los valores espirituales que animara, por siglos, la cultura occidental. Sus planteamientos prescindían de la noción de un Dios creador y que interviene permanentemente en el desarrollo del orden natural. Desconocían, también, la existencia del espíritu humano que trasciende la realidad natural. Ni Dios ni el espíritu humano podían ser sometidos a la experiencia empírica; la ciencia, por lo tanto, no podía probar ni menos demostrar su existencia. De este modo, el positivismo contradecía una tradición fuertemente enraizada en la cultura occidental, en cuyo origen y desarrollo secular la Iglesia tuvo un papel preponderante. La fe y la moral religiosas debían trasladarse al ámbito íntimo, como también el culto y las devociones particulares.

El nuevo esquema de pensamiento no dejaba tampoco un lugar para la Iglesia en la conducción de la sociedad lo que tuvo importantes consecuencias políticas. Las naciones occidentales seguían regidas por el cristianismo, y, en muchos casos, por la autoridad de la Iglesia, unida legalmente al Estado. En la medida en que éste asumía el laicismo, adoptaba posturas tendientes

a suprimir la autoridad e influencia de la Iglesia sobre la sociedad, especialmente en la educación, o bien a disminuirla, limitando su radio de acción. En Chile, el Estado intentó debilitar los derechos de la Iglesia y someter su actividad social al control directo de los organismos estatales, sobre todo en materias de enseñanza y de colegios privados. Resultado de la postura estatal fueron las “luchas teológicas” a las que ya se hizo referencia y que tuvieron distinta intensidad en las diversas naciones.

En la medida en que el laicismo avanzaba, el Papa y la jerarquía eclesiástica en el mundo adoptaron una postura que, en parte, fue defensiva, pero también busco la afirmación y proyección de sus convicciones. La Iglesia enfatizó su defensa de la fe católica, su doctrina y su moral, también la propia misión eclesiástica, de origen divino, y a la cual debía fidelidad. Pío IX publicó su Encíclica “Quanta Cura”, acompañada del “Syllabus”, documento en que el Papa enumera y condena todas las corrientes de pensamiento que circulaban por entonces en oposición a la Iglesia (1864)¹.

El dinamismo católico empezó a manifestarse, ya en el pontificado de Pío IX, en el intento papal por buscar una nueva postura que sintetizara la tradición cristiana con aquellos elementos propios de la modernidad. Independientemente a su postura “defensiva” de la tradición católica bajo su pontificado, se tomaron importantes iniciativas renovadoras, como fue, por ejemplo, la incorporación de los católicos laicos al quehacer jerárquico de la Iglesia, especialmente en las Asociaciones Católicas. Asimismo, durante su pontificado se convocó e inició el Concilio Vaticano I (1870), cuyo objetivo era analizar, al interior de la Iglesia, la función específica que los nuevos tiempos requerían.

¹ En 1864, se da a conocer la carta encíclica *Quanta Cura* y en el apéndice *Syllabus Errorum* se llama al creyente a evaluar la práctica de cualquier sistema social y que no era posible la negociación ni el compromiso con el estado secular, ni con las ideas falsas del mundo moderno. El Papa Pío IX en Concilio Vaticano I declararía el dogma de la infalibilidad del Papa asegurando con esto mayor autoridad del Sumo Pontífice sobre la Iglesia.

Esta postura llegó a su “consagración” con “Aeterni Patris Filius” (1879), bajo el pontificado de León XIII, en la que recomendaba explícitamente los principios filosóficos de Santo Tomás para enfrentar la cultura laicista que tomaba gran fuerza para ese período². Es importante destacar que para el Papa no todos los elementos laicistas eran inadecuados y reprochables, por ello, rescató aquellos que enriquecerían la tradición cultural católica. No debemos olvidar que León XIII inició también la Doctrina Social de la Iglesia a través de la “Rerum Novarum” (1891) y de otros documentos que fueron aplicados por el mundo católico frente a la “Cuestión Social” y que han resultado decisivos hasta la fecha (SÁNCHEZ, 2009).

La misma postura tomista animó el pensamiento y la acción de los Pontífices que siguieron: Pío X, Benedicto XV y Pío XI, los cuales, a la vez, promovieron nuevas formas espirituales y de vivencia de la fe en las circunstancias que les planteaba el siglo XX. Se afianzó la espiritualidad, fundamentada en los Sacramentos, se intensificó la formación de líderes dentro del clero y entre los laicos católicos, los jóvenes, el mundo obrero y los sectores populares. Se consolidaron y reforzaron las Asociaciones Católicas, la educación bajo un régimen doctrinal católico fue asumida por nuevas congregaciones e Institutos católicos dedicados a la enseñanza de materias tradicionales y renovadoras en todos sus niveles.

Las “luchas teológicas” habían planteado una difícil problemática a la educación católica, la cual se conoció como el conflicto entre Estado Docente y Libertad de Enseñanza, es decir, como

una competencia de autoridad entre la Iglesia y el Estado en materia de planes de estudio, profesores, textos escolares y cualquier otro elemento propio de la estructura y desarrollo de la educación en la escuela. Afectó principalmente a la instrucción primaria y secundaria, y se proyectó entre los padres de familia que temían ver restringida su libertad para elegir la formación de sus hijos, como también la escuela que mejor representara sus creencias y aspiraciones.

Efectivamente, existía el problema de autoridad en la docencia. Sin embargo, la dificultad esencial radicaba en el pensamiento acerca de la educación, en la concepción del hombre, de la sociedad y de su formación, en la noción de la trascendencia. Se trataba, no tanto de un problema práctico e institucional, sino de una postura filosófica, teológica, frente a la educación.

El Estado planteaba una escuela laica, en la que predominaran las materias científicas y con una clase de religión optativa, sin relevancia dentro del programa escolar. Por su parte la Iglesia defendía la escuela católica, donde todos los elementos humanos, académicos y materiales confluyeran para educar al niño y al joven en la fe con todo su contenido doctrinal, moral y valórico.

Se trataba de la conducción espiritual, cultural de la sociedad chilena y de su formación hacia el futuro; la alternativa estaba en proyectar la tradición cultural cristiana, orientada hacia Dios como origen y fin último del hombre. En cambio, el Estado propiciaba introducir en la sociedad chilena la noción moderna del progreso positivista, sustentado, no en Dios, sino en la ciencia, en la técnica y en el avance material. Con estas posturas la escuela iba a definir el pensamiento que animaría a la sociedad en el futuro próximo.

El problema institucional se inició en la década de 1860 y está asociado a las atribuciones que el Estado otorgó al Consejo Universitario de la Universidad de Chile a partir de 1843, este se creó para controlar

2 En cuanto al pensamiento de Santo Tomás, encontramos referencias el 4 de agosto de 1879 cuando el Papa León XIII publica *Aeternis Patris* y en forma explícita propone la restauración de la filosofía y la teología católica sobre la base de la doctrina de Santo Tomás. El mismo pontífice el 18 de enero de 1880 da a conocer *Motu Proprio Placere Nobis* ordena una nueva edición de las obras completas de Santo Tomás, esta será la Edición Leonina, editada hasta hoy. El 4 de agosto del mismo año, el Papa designó a Tomás de Aquino padre de todas las universidades, academias, colegios y escuelas alrededor del mundo.

la enseñanza nacional, especialmente en el nivel secundario a través de los exámenes. En 1860 se promulgó la Ley Orgánica de Instrucción Primaria, y en 1879, la Ley Orgánica de la Enseñanza Secundaria y Superior; de este modo, ambos niveles de la educación quedaron sólidamente estructurados por el Estado. Ese mismo año, 1879, el Consejo Universitario fue reemplazado por el *Consejo de Instrucción Pública*. Durante el gobierno de Pedro Montt, nació el *Consejo Superior de Instrucción Pública* dependiente del Ministerio de Educación, que sustituyó al anterior, con lo cual la educación en todos sus niveles, quedó centralizada directamente en el gobierno.

El laicismo educacional produjo una fuerte reacción dentro del mundo católico. A la acción de la Jerarquía Eclesiástica se unió un importante sector de laicos católicos que desarrollaron una intensa labor en favor de la Iglesia y de su autoridad frente a la sociedad.

A partir de 1901, la enseñanza nacional se había diversificado en escuela estatal laica y escuela católica de carácter privado, la mayoría de estas últimas en manos de órdenes, congregaciones religiosas e institutos católicos de enseñanza. Dentro de este escenario educacional, la fundación de las Escuelas de Santo Tomás de Aquino influyó en las nuevas orientaciones de la Iglesia que, sin abandonar la enseñanza de los sectores acomodados, se hizo cargo con intensidad y cuidado la enseñanza técnica para los sectores medios y populares; para los sectores rurales y obrero; y debemos agregar también, para la mujer en todos los niveles sociales, a fin de incorporarlos al desarrollo cultural del país y abrirles mejores posibilidades laborales.

Las Asociaciones Católicas, fueron agrupaciones de sólida organización en las cuales los católicos laicos se constituyeron en apoyo de la Jerarquía Eclesiástica desde el Pontificado de Pío IX. En su desarrollo se diversificaron y especializaron en diferentes áreas culturales y sociales, estableciendo los antecedentes de los movimientos católicos del siglo XX, conocidos como la Acción Católica,

proclamada oficialmente a partir de Pío XI, en su Encíclica "Ubi Arcano Dei" (1922). Esta participación oficial de los laicos en la misión de la Iglesia, iniciada con Pío IX y ratificada por Pío XI, fue incorporada a las disposiciones del Concilio Vaticano II (1952-1965) que dio a los laicos una función doctrinal y específica en la Iglesia, especialmente en la Constitución "Gaudium et Spes".

Las Asociaciones Católicas surgieron en Europa, especialmente en Bélgica, Alemania, Francia además de otros países del viejo mundo como un movimiento que reunió a los laicos que, asesorados por la jerarquía eclesiástica, tenían la finalidad de organizarse debidamente para llegar a todos los sectores sociales y atender las diferentes necesidades. De Europa se proyectaron a los Estados Unidos y a Latinoamérica. En Chile llegaron a tener una gran representación a través de todo el país. Líder y promotor laico de este movimiento en Chile fue Abdón Cifuentes, figura clave en todo el proceso al cual nos estamos refiriendo.

A partir de su viaje a Europa invitado por la jerarquía con motivo del Concilio Vaticano I (1870), dio a conocer la abundante información documental y verbal que encontró en los países europeos, donde estableció importantes vinculaciones. A solicitud de Monseñor Joaquín Larraín Gandarillas, escribió un documento de 55 páginas titulado "Las Asociaciones Católicas", el cual fue distribuido por todo el territorio como base para la formación de dichas asociaciones en Chile donde encontraron un apoyo masivo. En nuestro país hacia 1882 estas se reunieron finalmente en La Unión Católica, la que se prolongó algunos años y fue seguida por la Universidad Católica a partir de 1888, año de su fundación.

Dentro del movimiento de Asociaciones Católicas, nacieron y se difundieron numerosas sociedades católicas de distinta naturaleza: salud, hogares, escuelas, etc. Algunas se llamaron Cofradías, Órdenes Terceras y Patronatos.

La Santa Sede reconoce la Independencia de Chile en 1840 y el Obispado de Santiago se convierte en Arzobispado siendo D. Manuel Vicuña el primer religioso en ocupar esa plaza. Su sucesor será D. Rafael Valentín Valdivieso quien estuvo desde 1848 a 1878, si bien él no era el candidato del gobierno ya que preferían que recayera la investidura en el presbítero D. José Alejo Eyzaguirre, ante su renuncia, el nombre fue propuesto a Roma por el gobierno de D. Manuel Bulnes. Asumió como Vicario capitular en virtud de la Carta de ruego y encargo reemplazando al canónigo doctoral D. Juan Francisco Meneses, pero sólo en 1847 el Papa Pío IX lo eligió arzobispo siendo consagrado al año siguiente, seis años después de la muerte de su antecesor (Sánchez, 2011, p. 42-43). Monseñor Valdivieso marca con su largo periodo de gobierno arzobispal el siglo XIX, tenía una gran capacidad de enfrentar los problemas y no escabullir las soluciones de estos. Su tenacidad lo llevará entre otros aspectos a implementar la reforma de los regulares, situación que se arrastraba post- independencia.

Fue una época donde la vida común era casi inexistente en los conventos masculinos y femeninos, los religiosos llegaron a disponer libremente de los recursos materiales que poseían y algunos se convirtieron en los mantenedores de sus familias, por lo que la vida religiosa se había convertido en un medio lucrativo para algunos, y el recogimiento y la austeridad ya no eran un elemento que seguir por varios de ellos. Será en sí un escenario que deberá ser enfrentado con la capacidad y el tesón que ameritaba dicha empresa, esto debido a que con los avatares vividos se produjeron cuestiones que fueron minando la vida en comunidad, además de la correcta observancia. Todos los actores de la institucionalidad republicana se vieron inmiscuidos en dicha cuestión, lógicamente con los bemoles propios de intereses particulares cuando los hubo. Rafael Valentín Valdivieso, es una de las figuras claves en todo este proceso. Será él quien tendrá que desarrollar una política clara y transparente, donde se verá enfrentado al gobierno civil, a las órdenes religiosas, la Santa Sede y también

a sus propias debilidades como ser humano. Con posterioridad el arzobispado de Santiago será ocupado, hasta antes de la separación de la Iglesia con el Estado en 1925, por D. Mariano Casanova (1887-1908); Juan Ignacio González Eyzaguirre (1908-1918); Monseñor Crescente José Errázuriz Valdivieso (1918-1931).

La situación política del país en el siglo XIX se vio marcada por guerras, terremotos y epidemias, que traerán consigo grandes niveles de pobreza que harán insostenible en muchas ocasiones la situación, llegándose a un punto de aplicar una política de marginalidad impulsada por Vicuña Mackenna bajo el programa de remodelación urbana (1872-1875), donde por una parte, se contemplaron mejoras indiscutibles para el desarrollo de la ciudad como fueron: la transformación de adoquinado de vías públicas, la expansión de las redes de alumbrado, agua potable y transporte, medidas que buscaron no sólo mejorar el aspecto físico de la ciudad, sino también el comportamiento moral de sus habitantes por medio de la regulación de la prostitución y la mendicidad. Este plan de transformación de Santiago proyectó una idea urbanizadora que unió territorio y ciudad a nociones de limpieza, orden, higiene, vinculando su configuración orgánica con los problemas sociales. Bajo este ideal se realizaron obras públicas de ornato, embellecimiento y planificación urbana, como la canalización del río Mapocho, creación de plazas públicas y el paseo del Cerro Santa Lucía (Palacios, 2010, p. 10), pero además se instauró una política de discriminación de los barrios marginales que se materializó con la construcción de un camino que separa la ciudad dejando los bolsones de pobreza alejados del centro de Santiago que hacia 1870 estaba constituido por treinta manzanas donde habitaba la clase dirigente y aristocrática marcando su cotidiano vivir al más alto estilo europeo.

La creación de este camino divisorio, que en la actualidad recorrerían las avenidas de Matucana, Exposición, Blanco Encalada, Matta, Vicuña Mackenna y Mapocho, no se materializó por completo.

El propósito de esta iniciativa era doble, primero determinar el avance urbano, que amenazaba el funcionamiento de la ciudad y, segundo, actuar como una especie de barrera sanitaria por medio de plantaciones de gran altura. Con este proyecto Santiago quedaría rodeado por grandes avenidas en sus cuatro costados, con ellas sería más fácil formar un núcleo urbano ordenado y compacto, cuyas necesidades serían más posibles de atender, ya que se acortarían las distancias, permitiría un acceso más cómodo y espacioso a las diversas calles que no tenían salidas (Palaios, 2010, p.13).

La idea de Vicuña Mackenna no era dejar en el abandono a los pobres sino “construir para el pueblo, habitaciones, aunque ordinarias y baratas, carentes de comodidades, sirvan para el descanso físico y la conservación moral” (Mackenna, B. 1874, p. 28). Además, pensaba que era fundamental y absolutamente inevitable la limpieza de los barrios marginales. Estos, según él, eran una verdadera ciudad bárbara, insertada en la culta capital de Chile, calificando a los arrabales de “pocilgas inmundas que constituían una inmensa cloaca de infección, de vicio, de crimen y de peste, un verdadero potrero de la muerte” (De Ramón, 2000, p. 176). De esta forma, Vicuña Mackenna, consideraba que “Santiago era una ciudad doble”, muy demarcada por su gente, donde encontrábamos un mundo de trabajo, pacífico y orneado en contraposición a otro inhumano y alejado de la moral, habitado por innumerables de hombres, mujeres y niños que deambulaban sin vestimentas, sucios como verdaderas bestias (Vicuña, 1872, p. 24-25). Con esta política se fue configurando hacia las afueras la ciudad, la existencia de una gran “masa de seres humanos que no lograban insertarse plenamente en las sociedades, no lograban desarrollar sus potencialidades ni usufructuaban de los beneficios que la misma sociedad otorgaba a los demás miembros. Su composición era tan variada como las causas mismas de la marginación, pues se encontraban en este mundo marginal hombres y mujeres, ancianos,

inválidos, mendigos, enfermos, viudas pobres, huérfanos, prostitutas, alienados mentales y delincuentes, cuyo número experimentaba un aumento cualitativo y cuantitativo conforme al desarrollo de las ciudades chilenas” (Delgado, p.101). Así, son muchos los elementos que se van conjugando para transformar los problemas del pueblo en una “cuestión social”.

Por otra parte, fuera de Santiago y fundamentalmente en los campos se concentrará el 50% de la población a principio del siglo XIX, situación que con el pasar del siglo fue variando por la paulatina emigración hacia las ciudades, buscando mejoras laborales ya que, a mediados de siglo, la falta de trabajo estable había convertido a muchos en “semivagabundos que se trasladaba siguiendo el ritmo de las estaciones, vendimias y cosechas” (Reyes, 2007, p.18). Con esta llegada masiva comienza a producirse una verdadera “explosión urbana”, las habitaciones no dieron abasto y nacieron los conventillos los que se levantaban a un nivel inferior al de la calle, y en sus habitaciones se hacinaba a un número de personas muy superior al que razonablemente podían albergar. Se estima que hacia 1910, en Santiago, existían 675 conventillos declarados inhabitables, hacinamiento que favorecían la transmisión de enfermedades mortales tales como la pulmonía, la viruela, la sífilis y el cólera.

Abrahán Jesús Brito, nos cuenta con su versada pluma poética la situación de principios del siglo XX: “El pueblo vive oprimido en un cuarto nauseabundo de aquel conventillo inmundo que el arriendo le ha subido; allí vive acometido por microbios purulento” (Muñoz, 1998, p. 43-132).

El día 20 de febrero de 1906, gracias a la presión de diversos sectores de la sociedad donde se cuentan varios hombres de iglesia que habían levantado su voz por la bestial forma de vivir de muchos compatriotas, se promulga la ley número 1.838 sobre habitaciones obreras, siendo la primera en su materia, que tenía por objeto “favorecer la construcción de habitaciones higiénicas y baratas destinadas a la clase proletaria, tomar medidas conducentes

al saneamiento de las habitaciones, dirigir las habitaciones que ellos mismos construyan con los fondos delegados por el Estado, y fomentar la formación de sociedades encargadas de construir estas habitaciones”³.

Chile bajo grandes cambios y problemas sociales va a ir evolucionando de un país católico-ilustrado, formado en el siglo XVIII, a una sociedad liberal, generándose un doble proceso. Por un lado, la desaparición de la sociedad católico-ilustrada, que tenía por característica lo confesional y se identificaba con la iglesia, pasándose a una sociedad liberal, laica, que se declaró autónoma de la religión católica y propugnó el principio de la libertad en todas las esferas de la vida social. Por otro, la Iglesia, que era el eje central, dinamizador de la sociedad católico-ilustrada, quedó enfrentada a una situación de marginalidad en la nueva sociedad emergente, al verse relegada, menospreciada y minusvalorada. Ante esta nueva realidad, la iglesia se vio en la necesidad de provocar un giro en su política de evangelización, que ya no sería cimentada en la unanimidad nacional y social de los fieles católicos, sino en la búsqueda de crear condiciones temporales para aglutinar y formar a los católicos, para que, organizados, actuaran en una sociedad que les era adversa, la sociedad liberal (Rehbein, 1990, p.68-85). Bajo este nuevo escenario, el cura párroco será una pieza clave en el éxito de la nueva forma de evangelizar y por tanto, se buscó colocar a los mejores hombres para desempeñar su vocación desde la parroquia, para desde allí dar a conocer la presencia del Cristo vivo y eterno.

La inexistencia de pueblos formales en la organización social de una buena parte del Chile central y la extrema dispersión de la población, llevó a establecer una red de puntos fijos de oración en cada uno de los lugares poblados, muchos de los cuales se transformaron en centros de permanente vida comunitaria (Serrano, 2008, p. 289 y ss.), lo que reforzó la relación entre parroquias

y habitantes mediante el levantamiento de estadísticas generales de sus feligresías, lugares de culto, escuelas y cementerios; como lo había planteado el obispo Justo Donoso a mediados de siglo (Donoso, 1862).

Desde el siglo XVIII y hasta las primeras décadas del XX se aprecian diferentes problemas relativos a la infraestructura de las parroquias, a las entradas de fábrica, la división territorial de las mismas, la participación de los hacendados y la comunidad rural en la construcción de parroquias y en solicitudes para nuevas erecciones de éstas. Con el pasar de los siglos, se hizo notorio que el Estado fue perdiendo su participación real a pesar del tutelaje que éste sustentaba sobre la Iglesia Católica a través del derecho de Patronato (reiterado en la Constitución de 1833), delegando dicha responsabilidad en los hacendados y feligresía donde estaba inserta la parroquia. Respecto del financiamiento de muchas de ellas, en no pocas oportunidades el párroco debió utilizar criterios económicos en la administración de los bienes y propiedades para cumplir con su misión apostólica y social⁴. El exiguo aporte del Estado nunca fue suficiente, como tampoco las entradas por los aranceles forzosos y voluntarios de los bautismos, informaciones y celebraciones matrimoniales, funerales y documentos parroquiales. Desde un punto de vista formal era el Estado el responsable de estas materias, pero en definitiva ello se delegó en los fieles. En una circular del 21 de enero de 1882, se indicaba explícitamente que “aquellos templos católicos, que tienen alta importancia religiosa y social, han sido erigidos en su mayor parte mediante la piadosa liberalidad de los fieles”⁵.

3 Boletín de las leyes y decretos del gobierno. Libro LXXVI. Febrero de 1906. Santiago de Chile. P. 188

4 Sobre éste y otros aspectos de la organización parroquial decimonónica, ver CASTILLO, M.J. Evolución del sistema constructivo de los templos religiosos en la zona central de Chile. Siglos XVI al XIX. Santiago de Chile: Centro de estudios bicentenario, 2018.

5 Boletín Eclesiástico del Arzobispado de Santiago, (BEAS), Tomo VIII, 1881-1882, p. 285.

Cuando el gobierno brindaba apoyo en la creación de parroquias o en la simple reparación de ellas, se debían sortear varios obstáculos. De hecho, el párroco debía elaborar un informe completo respecto de la parroquia que deseaba erigir. Se debía especificar el dinero de que disponía la comunidad, los planos, la nómina de la Junta de Fábrica, el lugar de erección y el dinero que se solicitaba al gobierno. En dicha tramitación participaba además del párroco, el Intendente, el Gobernador, el Prelado y el Presidente de la República.

Fueron muy significativas las donaciones de particulares pudientes que se identificaban con la religión y el sector donde vivían. Así respaldaban la construcción de una capilla que más tarde se elevaría a la categoría de vice-parroquia o parroquia. En muchos testamentos se dejaban “retazos de suelo”, algunas cuadras de terreno, fundos e importantes sumas de dinero en beneficio de la Iglesia para este fin. A veces se provocaban inconvenientes debido a que los párrocos no veían con buenos ojos la creación de una vice-parroquia dentro de sus límites, pues ello les significaba menores entradas de dinero al disminuir la población de su parroquia. En tal sentido, los párrocos recurrieron a diversos medios de financiamiento pasando desde los censos, capellanías, erogaciones forzosas y voluntarias por servicios parroquiales; hasta los arrendamientos y ventas de terrenos para llegar finalmente a utilizar los depósitos a interés, los préstamos hipotecarios y las inversiones.

Otro factor que tener en consideración era la gran extensión de muchas parroquias, especialmente las de carácter rural. Según cálculos realizados por José M. Corral para 1925, y aparecidos en *La Revista Católica* de ese año, cada sacerdote secular debía atender en promedio 7.000 almas en una extensión de 262 kilómetros, sólo en la arquidiócesis de Santiago.

De esta forma y desde mediados del siglo XIX la iglesia se vio enfrentada a un cambio de mentalidad interno que la llevó a fundar la “Revista Católica” en 1843, publicación quincenal que tuvo entre sus objetivos ser un vehículo de formación y entrega de antecedentes referente

al ámbito eclesial. Por más de 25 años será solo esta revista la que cumplirá con dicho objetivo; además debió sentar los cimientos de una nueva forma de pensamiento basada en una formación teológica neoescolástica o tomista, destacándose en dicha labor Joaquín Larraín Gandarillas, quien tuvo la misión de formar a un nuevo clero durante los años 1853-1878, buscando educar a sacerdotes que tuviesen la capacidad de ser auténticos hombres de fe con una absoluta obediencia al Papa y con una fuerte impronta de defensa de la iglesia en las luchas contra un Estado regalista conformado por una sociedad liberal.

Desde entonces el pensamiento episcopal a través de diversos escritos, fue acogiendo el magisterio de vaticano I haciéndolo carne en la realidad chilena (Rehbein, 1990, p.68-85). El clero había cambiado y se mantuvo en la trinchera política partidista, conservadora, hasta entrado el siglo XX. El cura párroco debió alzarse con un trabajo, muchas veces adverso, como un hombre que diese lectura adecuada de lo que sucedía en su ámbito de acción, para con esto ser un verdadero portavoz de Cristo en la nueva cultura que se estaba instalando.

A modo de Conclusión

Para finalizar el presente artículo solo me resta plantear, que en la medida que entendamos que cada institución esta compuesta por hombres y mujeres, cada uno de los cuales asume su propia cosmovisión cotidiana de intereses, y que de alguna forma va delineando su futuro con la toma de decisiones que la caracterizará en su memoria, podremos alcanzar una real dimensión en el entendimiento de la existente correspondencia de cada una de estas instituciones en la normativa del ser humano.

Así, podremos descubrir la comprensión del mecanismo íntimo de instituciones como el Estado y la Iglesia. Relaciones de correspondencia o desavenencia de estas dos realidades que son en sí posturas generadas por hombres y mujeres que buscan como fin hacer prevalecer su visión de su vida particular, colocando esta perspectiva en la esfera de lo social.

En lo particular, en el Chile del siglo XIX estas vivencias de lo estable y lo trascendente, se fueron estableciendo en diálogos marcados por posturas de acercamientos y alejamientos que tuvieron por norte el objetivo común de seguir avanzando en la estabilización de una sociedad naciente.

Bibliografía

CASTILLO, M.J. **Evolución del sistema constructivo de los templos religiosos en la zona central de Chile. Siglos XVI al XIX**. Santiago de Chile: Centro de estudios bicentenario, 2018.

DELGADO M. Infancia abandonada en Chile 1770-1930. **Revista de Historia Social y de las Mentalidades**, N°5, invierno 2001.

DONOSO, J. **Manual del párroco americano o instrucción teológico-canónico-legal dirigida al párroco americano i particularmente al chileno**. Chile Imprenta de El Mercurio, Valparaíso, 1862.

FERMANDOIS, J. **Fragmentos acerca del fin del mundo**. Santiago de Chile: Centro de Estudios Bicentenario, 2015.

MUÑOZ, D. **Versos por rebeldía**. La protesta social en la poesía popular siglo XIX y XX. Santiago de Chile: Revista Mapocho 1998.

PALACIOS, A. La gran remodelación de Santiago de Chile bajo la Intendencia de Benjamín Vicuña Mackenna (1872 – 1875). **Revista Electrónica DU&P Diseño Urbano y Paisaje**, Volumen VII N°20, 2010.

REHBEIN, A. El Clero diocesano y su presencia evangelizadora en Chile durante el siglo XIX. Santiago de Chile: **Anuario de Historia de la Iglesia en Chile**, Vol. 8, Santiago, 1990.

REYES, S. **El centenario de Chile**, relato de una fiesta. Santiago de Chile: Centro de Estudios Bicentenario, 2007.

SÁNCHEZ, M. (Dir.) **Historia de la Iglesia en Chile**. Por los caminos de la conquista espiritual. Tomo I. Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 2009.

SÁNCHEZ, M. (Dir.) **Historia de la Iglesia en Chile**. Los nuevos caminos: La iglesia y el Estado. Tomo III. Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 2011.

SÁNCHEZ, M. (Dir.) **Historia de la Iglesia en Chile**. Los nuevos caminos: Remando mar adentro. Tomo V. Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 2017.

SERRANO, S. **¿Qué hacer con Dios en la República? Política y secularización en Chile (1845-1885)**. Santiago de Chile: F.C.E., 2013.

VICUÑA, B. **La verdadera situación de la ciudad de Santiago**. Santiago de Chile: Imprenta de la Librería del Mercurio. 1874.

VICUÑA, B. **La transformación de Santiago**. Santiago de Chile: Imprenta de la Librería del Mercurio. 1872.

BOLETÍN DE LAS LEYES Y DECRETOS DEL GOBIERNO DE CHILE. Libro LXXVI. Febrero de 1906. Santiago de Chile.

CARTA ENCÍCLICA QUANTA CURA

BOLETÍN ECLESIASTICO DEL ARZOBISPADO DE SANTIAGO DE CHILE, Tomo VIII, 1881-1882.